

CAPITULO XX

D. Juan Manuel se reconcilia con el rey D. Alonso.—El rey de Portugal persiste en querer repudiar á doña Blanca.—El infante de Aragon, **D. Pedro**, se confedera con el rey de Navarra.—Los navarros y aragoneses son vencidos y destrozados cerca de Tudela por los castellanos.—Los vizcainos hacen estragos en la comarca de Pamplona y toman el castillo de Unsa.—Los moros piden con muchas instancias treguas.—Muchos soldados extranjeros abandonan el sitio de Algeciras y se retiran á su país.—Los moros dan la batalla y son vencidos.—La ciudad se rinde, y el rey de Castilla entra en procesion en ella.—Toda España y la Europa se llenan de alegría por esta conquista, y da gracias á Dios.

En el principio del año siguiente, que se contaba de mil y trescientos treinta y cinco, D. Juan Manuel, atemorizado con el mal suceso de D. Juan de Haro, y tomando escarmiento en el de Lara, se reconcilió con el rey. El contento del reino fué extraordinario por ver acabadas en tan breve tiempo cosas tan grandes, y por la esperanza de la paz y sosiego por todos tanto tiempo deseada. En las ciudades y villas se hicieron grandes regocijos, juegos y espectáculos públicos. En Valladolid se hizo un torneo, en que los caballeros de la banda desafiaron á los demas caballeros, y fueron los mantenedores del torneo: el rey se halló en él, pero en hábito disfrazado, porque se tornease con mayor libertad. Diéronse grandes encuentros y golpes sin hacerse mal ni herirse, salvo que algunos fueron de los caballos derribados. Departióse el torneo, sin que se pudiese averiguar á cuál de las partes se debiesen dar los premios y prez, y las joyas que tenían aparejadas para el que más se señalase.

Las cosas humanas, como son vanas é inconstantes, fácilmente se truecan y mudan y

revuelven en contrario; y así este universal contento se anuló con nuevas que vinieron de que se volvían á alterar los humores. El rey de Portugal persistía en su intento de repudiar á doña Blanca y de casarse con doña Constanza, determinado si no pudiese cumplir su deseo por bien, de alcanzarlo por la espada, por lo ménos meterlo, todo á barato. El hijo mayor del rey de Aragon se concertó de casar con doña María, hija del rey de Navarra, anteponiéndola en la sucesion del reino (aunque era menor de edad) á su hermana doña Juana, si el rey muriese sin dejar hijos varones: el autor destes conciertos fué el virey de Navarra, D. Enrique. Ambas á dos cosas fueron pesadas y desabridas para el rey de Castilla, porque se entendia que estas alianzas se hacian para ser más poderosos contra él. Á la verdad, el infante de Aragon, D. Pedro, por el odio que tenia con su madrastra, se confederó con los navarros, que tomaron de sobresalto el monasterio de Fitero, que era del señorío de Castilla: exceso que por un rey de armas le fué demandado, y enviaron embajadores al rey de Aragon para quejarse



destos desaguizados; excusóse aquel rey con su poca salud, y alegar que no era poderoso para ir á la mano á su hijo en lo que hacer quisiese. Con esta respuesta, de necesidad se hubo de romper la guerra; envióse contra los navarros un grueso ejército, y por capitan general Martin Portocarrero, porque D. Juan Nuñez de Lara, en quien el rey tenia puestos los ojos para que hiciese este oficio, se excusó de aceptarle. Juntáronse las gentes de una parte y de la otra; dióse la batalla junto á Tudela; fué muy cruel y reñida; quedaron vencidos y destrozados los navarros, y muchos dellos anegados en el rio Ebro. Entendióse haberles sucedido este desastre por falta de capitan, porque el virey D. Enrique se quedó en Tudela por miedo del peligro, ó por respeto de la salud y bien público, que dependia de la conservacion de su persona. D. Miguel Zapata, aragones, no se halló en la batalla á causa que se entretuvo en fortalecer á Fitero, creyendo que el primer ímpetu de la guerra sería contra aquel pueblo; mas ya que se queria fenecer la batalla, se descubrió encima de unos cercanos montes de aquella campaña, con cuya llegada se rehizo el campo de los navarros: los aragoneses, como quier que entraron descansados, entretuvieron por un rato la pelea; pero al fin fueron desbaratados y vencidos por los de Castilla, y preso su capitan: no fué tan grande el número de los muertos como se pensó. Los castellanos se hallaron cansados con el continuo trabajo de todo el dia, demas que con la oscuridad de la noche que cerró, no se conocian, mayormente que todos por saber la lengua castellana apellidaban Castilla; ardid que les valió para que la matanza fuese menor.

Por otra parte, los vizcainos, con su capitan Lope de Lezeano, destruida la comarca de Pamplona, tomaron en aquellos confines el castillo de Unsa. Con estos malos sucesos se reprimió la osadía y atrevimiento de los navarros, y se castigó su temeridad. En un mismo tiempo se derramó la fama destas cosas en Francia y en España. Estaba entonces el rey de Castilla en Palencia enfermo de cuartanas, donde por lástima que tuvo de los navarros mandó á Portocarrero que no les hiciese más guerra ni da-

ños; parecíale que quedaban bastante castigados, ora hobiesen tomado las armas de su voluntad, ora hobiesen sido á tomarlas forzados; sacóse el ejército de aquella provincia junto con el pendon del infante D. Pedro, que le llevaron á la batalla porque los grandes señores no rehusasen de ir á esta guerra, como si fuera á ella la misma persona real del infante.

La fama destes sucesos movió á Gaston, conde de Fox, á que viniese á restaurar las cosas mal paradas de los navarros, obligado á ello por la antigua amistad que entre sí ambas naciones tenian, y facilitado con la vecindad destes dos estados. Venido el de Fox, acometieron á Logroño, ciudad principal de aquella frontera. Salió contra ellos mucha gente de los pueblos comarcanos, y juntos con los ciudadanos de Logroño, pasaron el rio Ebro. Dieron en los enemigos, peleóse bravamente, y fueron vencedores los navarros. Recogieron en la ciudad los vencidos con propósito de se defender con el amparo y fortaleza de los muros. Rui Diaz de Gaona, capitan y ciudadano de Logroño, hizo en esta retirada un hecho memorable, que con una extraña osadía, ayudado de sólo tres soldados, defendió á todo el ejército de sus enemigos que no pasasen el puente, porque mezclados con su gente no entrasen en el pueblo; murió él en esta defensa, y sus compañeros que quedaron con la vida defendieron el pueblo que no se perdiese, ca los navarros, viendo que no le podian tomar, se volvieron.

En el tiempo que las cosas se hallaban en este estado, sucedió que Juan, arzobispo de Reims, yendo en romería á Santiago, pasó acaso por esta tierra. Este prelado era un varon muy santo y de grande autoridad entre estas dos naciones, por cuya solicitud y diligencia se concertaron y hicieron paces; tanto á las veces puede la diligencia de un solo hombre y tan grandes bienes dependen de su autoridad. En este mismo tiempo, de tres reyes, Albohacen, Philippe de Francia y Eduardo de Inglaterra, vinieron tres honradas embajadas al rey de Castilla. Movianse á esto por la gran fama que tenia acerca de las naciones comarcanas. De África le enviaron muy ricos presentes; pedian se confirmasen las treguas que tenian asenta-



das los nuestros con los moros. El inglés ofrecía una hija suya para que casase con el infante D. Pedro. El rey no aceptó este partido por la tierna y pequeña edad del infante, de quien sin nota de temeridad ninguna cosa cierta se podían prometer ni asegurar. Todo esto pasaba en Castilla el año de mil y trescientos y treinta y cinco de nuestra salvación.

Poco después, entrante el año próximo, el rey de Aragón D. Alonso murió en Barcelona á veinticuatro de Enero; varon justo, pío y moderado; por esto tuvo por renombre y fué llamado el Piadoso. Fué más dichoso en el reinado de su padre que en el suyo, á causa de la poca salud que siempre tuvo, que por lo demás no le faltó virtud ni traza, como se pudo bien ver por las cosas que hizo en su mocedad. Á D. Jaime, el hijo menor del primer matrimonio, dejó el condado de Urgel, y D. Pedro quedó por heredero del reino. Los hijos del segundo matrimonio dejó heredados en otros estados, según que arriba queda apuntado. La reina doña Leonor, por recelo que el nuevo rey por los enojos pasados no le hiciese algún agravio á ella y á sus hijos, á grandes jornadas se fué luego á Albarracín, donde por ser aquella ciudad fuerte y caerle cerca Castilla si se le moviese guerra, pensaba podría muy bien en ella defenderse. Los de Ejerica, por tener en más el acudir al amparo y servicio de la reina que cuidar de lo que á ellos tocaba, se fueron tras ella.

Por estos mismos días, de Portugal nuevas tempestades de guerra se emprendieron. La avenencia que D. Juan de Lara y D. Juan Manuel hicieron con el rey, no era tan verdadera y sincera que se entendiese duraría tanto como era menester. Todos entendían que más les faltaban fuerzas y buena ocasión para rebelarse, que gana y voluntad de ponello por obra. Traía en mucho cuidado á D. Juan Manuel la dilación de los casamientos de Portugal, y no osaba hacerlos sin la voluntad y licencia del rey, ca temía no le tomase su estado patrimonial que tenía grandísimo en Castilla. D. Pedro Fernandez de Castro y D. Juan Alonso de Albuquerque, que se apartaron de la obediencia del rey de Castilla, persuadían y solicita-

ban al rey de Portugal para que moviese guerra á Castilla. No pudieron estar secretos tantos bullicios de guerra y tantas tramas; así el rey hizo nueva entrada en las tierras de D. Juan de Lara, y le tomó algunas villas y castillos, y á él le cercó en la villa de Lerma en catorce de Junio.

Combatiéronla de día y de noche con mantas, torres, trabucos y con todo género de máquinas de guerra. Procuróse otrosí con los vecinos de la villa que entregasen á D. Juan, ya con grandes amenazas, ya con promesas: ofrecíanles la gracia del rey y libertad á ellos y á sus hijos, con apercibimiento que si se tardaban en hacerlo, los destruirían. Ninguna cosa bastó para que no guardasen una singular y gran lealtad á D. Juan, confiados en la fortaleza de la villa: ni los ruegos prestaron ni las amenazas para hacer que le entregasen. Vista su determinación, cercaron toda la villa al rededor con fosos y trincheras. Talaron y destruyeron sus campos y heredades: enviaron otrosí algunas bandas de gente para que tomasen los pueblos de la comarca. Alargábase el cerco, y los cercados por no estar bien proveídos empezaron á sentir necesidad de bastimentos. Tenían poco socorro en D. Juan Manuel, puesto que para mostrar su valor, y ver si podría socorrerlos, salido de allí secretamente se entró en Peñafiel, villa de su estado y cercana de Lerma. Poco faltó para que el rey no le prendiese, ca sobrevino de repente. Tuvo noticia del peligro, huyó y escapóse. El de Albuquerque, mudado propósito, se redujo al servicio del rey.

El rey de Portugal por sus embajadores envió á rogar al rey que alzase el cerco de Lerma. Extrañaba que hiciese agravio y maltratase á un caballero de tanta lealtad, y en particular amigo suyo. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna. El rey de Portugal para satisfacerse juntó su ejército, rompió por las tierras de Castilla: á la raya cercó á Badajoz y la combatió con grande furia y cuidado. Envió asimismo con mucha gente á Alonso de Sosa para que robasen la tierra. Apellidáronse los de la comarca, encontraron los contrarios cerca de Villanueva, desbaratáronlos, mataron y prendieron muchos dellos; con que avisaron



y escarmentaron los demás portugueses para que no se atreviesen otra vez á hacer entrada semejante. El rey mismo, por temer otro mayor daño si viniesen á las manos, con todo su ejército se tornó á Portugal.

La villa de Lerma, asimismo destituida del socorro que de fuera esperaba, y cansada con los trabajos de un cerco tan largo, se entregó en los postreros de Noviembre. Á D. Juan Nuñez de Lara, sin embargo, recibió el rey en su amistad, y por el camino que cuidaba perderse alcanzó grandes mercedes nuevas, y se le volvió su patrimonial estado que tenía en Vizcaya. Sólo desmantelaron á Lerma en castigo de su rebelión, y para que otra vez no se atreviese á hacer lo mismo. En este año el rey de Marruecos aumentó sus reinos con el de Tremecén, cuyo rey su enemigo venció y mató. Los moros de España cobraron con esto nuevas esperanzas y á los nuestros creció el recelo de algunos nuevos y grandes daños que de aquella pujanza podrían resultar. Todos temían y con razón la guerra que de África amenazaba.

Blandeaba el rey de Castilla con los grandes que andaban alterados, y les hacía buenos partidos por atraerlos á su servicio. Sus caricias prestaban muy poco, por ser ellos hombres revoltosos, de seso mal asentado y astutos. Tuvo las pascuas de la Navidad de Nuestro Señor Jesucristo del año mil trescientos treinta y siete en Valladolid. Allí, en el principio deste año hizo merced á D. Juan de Lara del cargo de su alférez mayor, ca estaba determinado de recompensar con mercedes los deservicios, y vengar con blanduras las injurias que le hacían. Con este artificio y con la intercesión de doña Juana, que era madre de D. Juan de Lara, recibió en su servicio y perdonó á D. Juan Manuel, hombre doblado, inconstante y que á dos reyes, al de Castilla y al de Aragón, los entretenía y traía suspensos. Fingía quererse confederar con cada uno dellos, con intento de que si rompiese con el uno, quedase el otro con quien ampararse.

Continuábanse todavía los desabrimientos y diferencias entre el rey de Aragón, y doña Leonor su madrastra: tratóse de concordia por sus embajadores. Todavía el de Aragón bien que

daba buenas palabras, al cabo no hacía cosa. El rey de Castilla, á ruego de su hermana fué á Ayllón, villa que está en la raya de entrambos reinos. Allí la reina se le quejó de los agravios y crueldad de su alnado; y con muchas lágrimas le suplicó recibiese debajo de su protección y amparo á ella y á sus hijos, y á los grandes que seguían su parcialidad. El rey estuvo suspenso. Parecía por una parte inhumana cosa no favorecer á su hermana, y por otra deseaba mucho no divertirse ántes de vengar los agravios recibidos del rey de Portugal. Finalmente, mandó á D. Diego de Haro, que juntadas las fuerzas y soldados de Soria, Molina y Cuenca y de otros pueblos, hiciese entrada en Aragón. La reina doña Leonor, por Burgos y Valladolid, se fué á Madrid á esperar al rey, que en razón de aparejarse para la guerra de Portugal hacía grandes llamamientos de gentes para Badajoz, por donde cuidaba dar principio á aquella guerra. En esta sazón, de doña Leonor le nació al rey otro hijo que se llamó D. Tello. Lo que más tenía enojado al rey de Portugal, era lo poco en que el de Castilla tenía á su hija la reina doña María, hasta decirse que trataba de repudiarla: parecía que esta no era injuria, que en manera alguna se pudiese disimular. De Badajoz, con grandísimo ímpetu entró en Portugal: talaron los campos, y hicieron la guerra á fuego y sangre. La destemplanza del tiempo causó al rey una calentura en Olivencia, y le puso en necesidad de partirse de Badajoz en el mes de Junio para Sevilla.

Por estos mismos días, Jofre, almirante del mar por el rey de Castilla, talado que hobo y corrido la costa de Portugal, no léjos de Lisboa peleó con la armada de los portugueses, de quien era general Pecano, ginoves; la pelea fué brava y dudosa; al principio los portugueses tomaron dos galeras de Castilla; recompensóse este daño con que los de Castilla rindieron la capitana de los portugueses y abatieron el estandarte real. Esto causó grande temor en los enemigos, y por todas partes fueron desbaratados y puestos en huida. Era cosa horrenda ver en aquel espacioso y ancho mar huir, dar la caza, prender y matar, y todo cuanto alcan-



zaba la vista estar lleno de armas y tinto en sangre. Tomáronse ocho galeras, y seis echaron á fondo, y el general Pecano con Carlos su hijo quedó preso; fué para aquella era esta victoria muy ilustre y rara, en tanto grado que á la vuelta salió el rey á recibir el almirante que entró en Sevilla con triunfal demostración y aparato; la honra que se hace á la virtud inflama los ánimos valerosos para emprender cosas mayores. Halláronse presentes el arzobispo de Rems, embajador del rey de Francia, y el maestre de Ródas, á quien para tratar de paces enviára por su legado Benedicto XI, sumo pontífice, que tres años ántes sucedió al papa Juan. Ambos con todas sus fuerzas procuraron concertar y poner paz entre estos dos reyes; pero no les fué posible concluirlo, ántes el rey de Castilla, cobrada entera salud, entró otra vez á robar y destruir á Portugal. La entrada fué por aquella parte por do solian habitar los antiguos turdetanos, que ahora se llama el Algarbe. Recibieron los portugueses grave daño con esta entrada, y les causó mucho odio contra su rey, por ver que con todos sus intentos ninguna cosa más hacia que irritar y mover contra los suyos las armas y fuerzas de Castilla. Por otra parte hacia sin provecho alguno guerra en lugares apartados, conviene á saber, á los gallegos en Salvatierra destruía y quemaba los campos. Si se sentía con pocas fuerzas, ¿para qué movía guerra? y si en ellas confiaba, ¿por qué convidado rehusaba venir con los enemigos á las manos?

El rey de Castilla, venido el otoño, sin haber encontrado ningun ejército de sus enemigos, se recogió á Sevilla. Éste mismo año, á veinticinco de Junio, murió Federico rey de Sicilia, ya cargado de edad, y famoso por la guerra que sustentó por tanto tiempo contra potencias tan grandes. En Catania, en la iglesia de Santa Agatha, está un lucillo con un bulto ó estatua suya, y dos versos en latin deste sentido:

EL CIELO ALEGRE ESTÁ, LA TIERRA TRISTE.
SICILIA LLORA DE SU REY FADRIQUE
LA AUSENCIA. ¡OH MUERTE CUÁNTO MAL HICISTE!

Sucedióle en el reino su hijo D. Pedro. Los ducados de Atenas y Neopatria mandó á Gui-

lhelmo, su hijo segundo; á D. Juan, hijo tercero, hizo otras mandas. Cuatro hijas que tenía, por su testamento las dejó excluidas de la sucesión del reino; ley que no fué perpétua, ni era conforme á lo que de ántes se solía usar en aquel reino, y adelante se usó. Andaba en la corte de Castilla Gil Álvarez de Cuenca, arcediano de Calatrava, dignidad en la iglesia de Toledo, varon de conocido valor y prudencia para tratar negocios y cosas graves. El arzobispo de Toledo D. Jimeno de Luna finó en la su villa de Alcalá de Henares á los diez y seis de Noviembre deste año, quién dice que del siguiente: sepultaron su cuerpo en la iglesia mayor de Toledo en la capilla de San Andres. Por su muerte sucedió en aquella dignidad é iglesia el susodicho Gil Álvarez de Cuenca, que adelante se llamó y hoy le llaman comunmente D. Gil de Albornoz. Procurólo el rey muy de véras, é hizo en ello tal instancia, que las voluntades de los del cabildo, si bien estaban muy puestos en nombrar á D. Vasco su dean, se trocaron é inclinaron á dar gusto al rey.

Las grandes virtudes y hazañas deste nuevo prelado mejor será pasallas en silencio que quedar en este cuento cortos. Fué natural de Cuenca, sobrino de su predecesor D. Jimeno de Luna; su padre Garci Álvarez de Albornoz, su madre doña Teresa de Luna, personas ilustres, de mucha reputacion, y fama y hacienda. Crióse en Zaragoza en tiempo que D. Jimeno, su tio, fué prelado de aquella ciudad. Su ingenio muy vivo y capaz empleó en el estudio de los derechos en Tolosa de Francia, no para darse al ocio, sino para habilitarse más para los negocios. Ya que era de edad, se sirvió el rey dél en su consejo, despues le eligieron en arzobispo de Toledo; últimamente criado cardenal, sirvió á los papas en empresas de grande importancia. Echó los tiranos de las tierras de la Iglesia que en Italia tenían usurpadas. En todas edades y estados fué igual, entero en las cosas de justicia, menospreciador de las riquezas, constante y sin flaqueza en los casos árdusos. No se sabe en qué fué más señalado, si en el buen gobierno en tiempo de paz, si en la administracion y valor en las cosas tocantes á la guerra. Todos los hombres de letras tienen



obligacion á celebrar sus alabanzas, porque en la Gallia Cisalpina, ó Lombardia, en la ciudad de Boloña, instituyó un famoso colegio, en que hay cuatro capellanes y treinta colegiales, todos españoles, con gruesas rentas para que estudien; de donde como de un alcázar de sabiduría han salido muchos excelentes varones en letras y erudicion, con que las letras resucitaron en España, y á imitacion se han fundado otros muchos colegios por personas que imitaron su celo, y tenían con que podello hacer. Dejó al cabildo de Toledo la villa de Paracuellos con carga de cierta pensión con que mandó acudiesen cada un año á la iglesia de Villaviciosa, que él mismo fundó, y puso en ella canónigos reglares, cerca de la villa de Brihuega.

El arzobispo de Rems y el maestre de Ródas, andando de una parte á otra, no cesaban de amonestar á los reyes de España, y procurar que se acordasen y hiciesen paces. Poníanles delante cómo los reinos se asuelan con las guerras, y con la paz se restauran: que África amenazaba con una temerosísima guerra: muchas veces las discordias internas se concordaban y componian con el miedo de los males de fuera; que así para los vencedores como para los vencidos el único remedio era la paz. Con estas amonestaciones parecia que el rey de Castilla blandecía algo, si bien era el que andaba más léjos de acordarse, que el rey de Portugal grandemente deseaba concierto. Concluyóse que el rey de Castilla fuese á Mérida á tratar de medios de paz. En aquella ciudad se concertaron y hicieron treguas por un año en principio del de nuestra salud de mil trescientos treinta y ocho. No fué posible concordarlos del todo, ni hacer paces perpétuas.

Del aparato y preparamentos de guerra que hacia el rey Albohacen, como en semejantes casos acaece, se decian mayores cosas de aquellas que en realidad de verdad eran. Referíase que se juntaba todo el poder de los moros, y se apellidaban todas las provincias de Africa; que pasaban á España con sus casas y mujeres y hijos para quedarse á morar y vivir de asiento en ella despues que toda la hobiesen ganado; que era tan innumerable la gente que venía,

que ni se les podría estorbar el pasaje, ni tampoco podrian ser vencidos. Corria fama que lo primero desembarcarian en la playa de Valencia y allí cargaria aquella tempestad que se armaba. Estas nuevas tenían atemorizados los fieles, y mucho más á los de Aragon. Hacíanse grandes provisiones de armas, caballos y bastimentos: todo era ruido y asonadas de guerra; estaban todos alerta con gran cuidado y solicitud. Empezóse entre los nuestros á platicar de paz, porque juntas las fuerzas se podía tener esperanza de la victoria: divididas y sin concordia, era cierta la ruina de todos y su perdicion. Á los embajadores ingleses, que en nombre de su rey pedian paz y alianza, con dudosa respuesta entretenia el rey de Aragon. Deciales que su amistad les era y sería siempre muy agradable, si se les permitiese guardar las alianzas que ántes con los demas tenían hechas. Tratábase de desposar el de Aragon con la infanta doña María, hija del navarro: diferíanse estas bodas por ser aún de poca edad la doncella, y no de sazón para casarse: á esta causa la entretenian en Tudela; mas al fin, con grande regocijo de ambas naciones, se casaron en Aragon á veinticinco de Julio. Velólos Felipe, tio de la doña María, hermano de su padre, obispo de Jalon ó Cabillonense, en Francia.

Envióse una embajada al sumo pontífice romano suplicándole volviese los ojos á España, y que echase de ver que no poco á su santidad tocaba el grandísimo y cercano peligro que corria la cristiandad; que las décimas de las rentas eclesiásticas que se concedieran á los reyes de Aragon para subsidios y ayuda de la guerra contra los moros, las mandase subir al justo y presente valor, porque si se cobraban segun los valores y por los padrones antiguos, serian de poco provecho: esto es lo que toca al rey de Aragon. El rey de Castilla era ido á Búrgos á hacer córtes, en que con deseo de reformar el gran exceso que se veía estar introducido en el comer y vestir, promulgó leyes que moderaban estos gastos: mandó tras esto á su almirante Jofre Tenorio se pusiese en el estrecho para estorbar el pasaje á los moros. Desde Búrgos, á ruego de su hermana doña Leonor fué á Cuenca, y en su compañía don